

Civilización y Conquista

Por

DIEGO R. OXLEY

EL PANORAMA que ofrecía la inmensa pampa del chaco santafesino era recio y majestuoso. A la derecha, el río Paraná salpicado de islas frondosas, circundadas por sus aguas turbias y de empuje bravío, se extendía como una gigantesca serpiente plateada que ondeaba su sinuosa languidez entre la maraña de la selva imponente. Los bajos de sus bañados y de sus esteros ponían extensas o pequeñas manchas blancas en el verdor brillante de la vegetación salvaje y exuberante, y el cielo claro y limpio, barrido por el viento norte, infundía suavidad al paisaje hoseo e indomable, enrespado de árboles enormes y fuertes y estremecido por los alaridos salvajes que sacudían la soledad infinita.

Más al sur, incipientes colonias agrícolas pobladas por gringos e impuestas por el avance del progreso y de la evolución, se insinuaban audaces en la infinita extensión del desierto, luchando con la adversidad del medio y con la hostilidad del indígena que ponía la muralla de su soberbia indomable al paso de la civilización.

Esperanza, San Gerónimo, Las Tunas, Frank, San Agustín, Grüty, San Carlos, Cavour, Humboldt, se apretaban para defenderse y para subsistir.

El Sauce, a la izquierda de la colonia de San Gerónimo, era el fortín desde el cual partía la antigua línea de fronteras norte del interior, que se extendía hacia el oeste hasta Garabato y la integraban Algarrobo, Corral de Garay y Quebracho. Los fortines casi desguarnecidos defendían muy poco a las poblaciones y sus habitantes se veían

obligados a vivir con el arma debajo del brazo y ni aún así obtenían la tranquilidad deseada y la seguridad necesaria para sus haciendas y para sus vidas.

Cuando hubo pasado la influencia de los frailes jesuitas y franciscanos en la conquista de las razas indígenas que poblaban el gran chaco, éstas recobraron su primitiva libertad salvaje y agregaron a su natural condición rebelde, la astucia del hombre civilizado y cierto hábito de una vida más cómoda y racional. Como consecuencia inmediata de estas circunstancias, se reanudó la lucha con el blanco, que si bien no se había interrumpido con las misiones, disminuyó notablemente su intensidad la influencia pacificadora de los frailes que lucharon con perseverancia admirable en el desierto salvaje, aunque sus miras estuvieran puestas en otro objetivo.

En el año 1869, el general Conesa sitúa la línea de fronteras unas veinte leguas más al norte, abarcando desde San Javier hasta Monigotes que actualmente pertenece al departamento San Cristóbal, y poco después, la línea de fortines sigue el curso del río Salado, sinuoso de curvas pronunciadas, hasta Fortín Suncho Poso, en el territorio de Santiago del Estero.

La enorme extensión de esta línea protectora, las escasas fuerzas que la guarnecían y las características de la zona que abarcaba, casi cubierta de espesos y de extensos bosques, sobre todo en la parte izquierda, hacía casi imposible su vigilancia efectiva para evitar los desmanes y las incursiones de las tribus que poblaban el norte.

El asedio indígena era tenaz y permanente y constituía una amenaza perenne para las estancias ubicadas en el sur de las provincias de Santa Fe y Córdoba, donde robaban vacas y caballos que arreaban luego hacia las tolдерías. De esta manera, el esfuerzo realizado no satisfacía las exigencias más apremiantes, pues la vigilancia y cuidado de la línea demandaba efectivos superiores a los disponibles. Además, se sentía ya la necesidad de ganar tierras al desierto.

En el año 1870 se designa Comandante en Jefe de las Fronteras del Chaco al coronel graduado don Manuel Obligado, que acababa de llegar del Paraguay luego de terminada la guerra contra el tirano y

Civilización y Conquista

quien inmediatamente después de hacerse cargo, extiende la línea desde San Pedro Grande, donde tiene instalada la Comandancia, hasta Alejandra al noroeste y las Higueritas situado al sureste.

Las dificultades con que tropezaba para hacer el servicio de la frontera lo hizo pensar en llevar la derecha de la línea hasta alcanzar la altura del fuerte Aspirante, ubicado en la extrema izquierda y en territorio santiaguense. De esta manera reduciría su extensión al par que ganaba tierras fértiles al desierto.

La naturaleza exuberante y vigorosa de esa extensa zona, con sus bosques de altos árboles y de enmarañada espesura, constituía un aliado poderoso del indio, que conociéndola, se aprovechaba de sus elementos para realizar sus ataques a los fortines o para pasar sin ser visto en sus incursiones al sur donde efectuaba sus depredaciones y regresaba con el producto de sus robos a las tolderías ubicadas en el norte de la frontera.

Algunas tribus se reducían a la voluntad del gobierno, pero la gran mayoría se debatía entre el odio y la desesperación que le producía la falta de medios de vida y luchaban desesperadamente para mantener esa libertad salvaje aun a costa de su propio sufrimiento. ¡Cuántas veces en la soledad soberbia de los campos inmensos, los rostros impasibles, estáticos, como tallados en quebracho, se contrajeron en gestos de impotente rebeldía, los ojos abiertos frente al infinito azul del cielo! ¡Y cuántas noches largas recogieron su dolor y su lamento, confundido con el rumor misterioso de la fronda que acaricia el viento!

Los pechos bronceados y fuertes se levantaron de angustia mientras las miradas penetrantes y duras se perdían en el infinito verde, como queriendo dominar la inmensidad agreste. Las melenas rebeldes flamearon al viento como las crines de los potros que montaban y las lanzas cimbreantes buscaron los pechos que quisieron poner límite a su libertad silvestre. Los alaridos agudos y largos, como desafíos viriles de la raza fuerte, los tragó el desierto luego de rebotar en las paredes eternas de las isletas inmovibles. . .

Por fin, el anhelo del coronel Obligado va a cumplirse y en el fuerte San Pedro Grande hay expectativa por la noticia del avance. Los

preparativos se realizan con entusiasmo por parte de los voluntarios que hicieron la guerra del Paraguay al lado del jefe querido y respetado.

El coronel Obligado acaba de llegar de Buenos Aires con la autorización respectiva y ultima los detalles de la excursión, alentando a los hombres que lo acompañarán.

Se han impartido las órdenes correspondientes al coronel don Agustín A. Olmedo, jefe de la izquierda, que tiene la Comandancia en el fortín Aspirante, y al teniente coronel don Miguel Racedo, jefe del centro, con asiento en el fuerte Belgrano. En el momento oportuno deberán avanzar simultáneamente con las fuerzas disponibles para instalar la nueva línea de fronteras.

En dos o tres días se reunieron los mejores caballos patrios y los de propiedad particular, que siempre se conservan en mejor estado; se armaron cien hombres de los regimientos 6º y 10º de caballería y se cargaron en dos carros de campaña las provisiones, enseres y herramientas necesarias para la marcha. El 19 de abril de 1872 se asaron dos vacas con cuero y se distribuyó vino entre la soldadesca. Luego de comer, algunos guitarristas y cantores entretuvieron a la población militar con música y canciones. Se zapatearon gatos, malambos, se bailaron zambas y, temprano, el clarín del fortín tocó a silencio.

Al amanecer del 20 de abril se puso en marcha la columna comandada por el coronel don Manuel Obligado y llevando como segundo al coronel don Juan P. Jobson.

Los hombres se internan en el campo boscoso. Luego costean el arroyo Saladillo, cuyas orillas de vegetación frondosa y extraordinaria exaltan el paisaje. Irradia fresco la mañana límpida y los pastos húmedos de rocío despiden su fuerte olor característico al ser pisoteados por los animales...

Al frente marchan los baqueanos marcando el rumbo, luego los jefes y oficiales, más atrás la legión indígena de lanceros del Sauce y de San Pedro, con sus fuertes lanzas apuntando al cielo y la arrogancia de su reciedumbre balanceándose sobre las cabalgaduras; completa la columna el resto de la tropa.

Civilización y Conquista

Cruzan cañadas, vadean arroyos, penetran bosques y orillan lagunas, firme el paso obstinado en la conquista, inmovible la voluntad del triunfo. No trepidan ante los obstáculos y hacen frente a la agresividad de la naturaleza salvaje, con un estoicismo casi inconsciente, con una entereza de ánimo que llega hasta el desprecio de sus propias vidas y a la insensibilidad frente al sufrimiento. Cuando el sol entibia el ambiente, mosquitos y jejenes asedian a los hombres y a las bestias, llevando una carga tenaz que enrojece con sangre las carnes. La marcha larga y lenta, monótona y pesada, amodorra a la legión que sigue en silencio, llevándose por delante las adversidades y los inconvenientes que encuentran al paso.

En los altos del camino se recuperan energías y florece el buen humor criollo. Se hacen ruedas alrededor de los fogones, donde los hombres charlan y se ríen, y alguien toca la guitarra y canta, mientras en el campo generoso y exuberante, la caballada pasta cuidada por algunos soldados y en sendos asadores se dora la carne fresca de una vaquillona y de una potranca recién carneada. Por las noches la guardia ronda el campamento, atenta a los rumores de la soledad, y los hombres duermen profundamente, sin preocupaciones, tendidos sobre negras colchonetas duras y cubiertos con sus ponchos que son cobijas, impermeables y capotes.

Al amanecer del tercer día de marcha, el cielo denso de nubes oscuras, tiene una cortina de lluvia que cubre la verde extensión del desierto. Los árboles y los altos pastos chorrean agua cristalina y parecen dormir en la quietud pesada del paisaje. Hace frío y los hombres envueltos en ponchos de lana, se balancean sobre los caballos mojados de sudor y de lluvia.

La marcha es más lenta y agotadora. Los animales afirman los vasos en el fango y caminan con precaución y con mayor esfuerzo, pero en las primeras horas de la tarde, cuando el hambre empieza a morder los estómagos, un viento sur frío empuja las espesas nubes hacia el norte, barriendo el cielo, y el sol radiante hace brillar el paisaje mojado y los charcos que cubren el campo.

Un rato después la columna acampa a la orilla de una isleta, se le-

vantan las tiendas de campaña y se tienden al sol las monturas y los ponchos mojados. Los hombres se reaniman y las bestias sacuden el cuerpo sudoroso y humeante y se esparcen husmeando los pastos mojados. En seguida arde una enorme hoguera que seca la tierra y expande calor. Los soldados forman grupos para tomar mate, mientras se prepara la carne para asar.

De esta manera pasan otros cuatro días de marcha. Los caballos ya dan muestras de agotamiento, pero siguen el avance lento hacia el destino elegido. Están próximos a las taperas de San Gerónimo del Rey y los indios que ya los han divisado, huyen quemando los campos en señal de protesta.

Detienen la marcha y se imparten órdenes. Los soldados del 6º de caballería con los lanceros indígenas del Sauce y de San Pedro, al mando del teniente coronel Jobson, se desvían hacia el este y el resto de las tropas toma rumbo al noroeste. Una hora después entran casi simultáneamente las dos columnas, desde puntos opuestos, a la *limpiada* donde aún se conservan las ruinas de la antigua reducción de San Gerónimo del Rey, abandonada en el año 1818. En seguida se desparra- man comisiones de reconocimiento que recorren los alrededores, sobre todo los bosques próximos. Una partida cruza el arroyo del Rey y llega hasta las ruinas de la colonia *Ausonia*, cuyos pobladores, hostigados por los indios, la habían abandonado hacía unos meses. Luego disparan dos cañonazos como señal para hacer saber el arribo de las tropas a la tripulación del vaporcito *La Luisita* que se les había adelantado y que debía estar fondeado en la desembocadura del Rey.

Un momento después el coronel Obligado con su escolta, costea el arroyo en dirección al río Paraná, donde el comandante de *La Luisita* lo espera para albergarlo. Es el día 27 de abril de 1872.

El sol que desciende detrás del monte, pone reflejos purpúreos en las aguas oscuras del Paraná, que se quiebran como vidrios en los remansos vigorosos de sus orillas profundas...

Pocos días después, en toda la extensión de los 316 kilómetros que abarca la nueva línea de fronteras, se trabaja febrilmente en la construcción de los fuertes, corrales y viviendas para la oficialidad y la

Civilización y Conquista

tropa. Los hombres se distribuyen en los montes empuñando filosas hachas, derriban quebrachos y ñandubays, labran postes y cumbreiras, que van apilando para utilizar en las construcciones. Otros cavan zanjas, hacen hoyos, levantan ranchos de palo a pique y el rumor del trabajo estremece el silencio de la soledad del campo.

De noche, los hombres agotados por el cansancio, duermen tirados sobre las colchonetas extendidas en el suelo húmedo y frío, mientras las partidas de descubierta, formadas por el escuadrón de lanceros indígenas, rondan los alrededores del campamento, atentos a los ruidos de la noche, como perros guardianes.

En el fortín de San Gerónimo del Rey, donde se instaló la Comandancia en Jefe de la frontera del norte y donde luego se fundó Reconquista, la hermosa y floreciente ciudad del norte santafesino, se ven algunas construcciones, además de la empalizada del fuerte y del corral. Uno que otro rancho de palo a pique y barro sirve de albergue a los jefes y a las familias de los individuos de tropa.

Los hombres distribuyen el tiempo entre el trabajo duro que demanda la instalación de la nueva frontera y la lucha con el salvaje que hostiga incesantemente a las fuerzas del ejército con la esperanza de obligarlos a retroceder a las antiguas posiciones. Este avance los ha despojado de las mejores aguadas y de los campos altos, de buenos pastos, viéndose arreados hacia el norte sin poder resistir su empuje.

El 24 de junio, es decir, dos meses después del arribo a San Gerónimo del Rey, los salvajes llevan un ataque en gran escala a las fortificaciones rudimentarias todavía en construcción.

Hacía tres horas que había empezado a llover suavemente, sin truenos, sin relámpagos. El cielo cercano y gris arroja agua pulverizada que envuelve el campo en una densa niebla. Los árboles inmóviles, como sombras, dan la impresión de que lloraran su profunda tristeza. Ni un ruido, ni un rumor perturba la soledad agreste, como si una somnolencia pesada e inevitable se hubiera posesionado de esa naturaleza hosca y agresiva. La verde extensión brilla mojada y los pequeños charcos diseminados parecen pulidos espejos que reflejan la vegetación fuerte, cuyos oscuros matices se destacan en el fondo gris del cielo.

Y a la leve claridad de la madrugada se perfilan las construcciones chatas y negras del fortín. Las casas parecen, a la distancia, montículos de tierra formando grupo.

Las dos partidas de descubierta salen del fuerte para cumplir la recorrida diaria, tomando rumbos distintos. Los hombres embozados en gruesos capotes, se meten en la llovizna densa que en seguida cubre sus ropas de innumerables gotitas perladas. Los caballos caminan con precaución en el piso fangoso y resbaladizo. De pronto, un disparo sobresalta el silencio y su eco se repite en el campo boscoso. Luego, otros estampidos se suceden, mientras un tropel ensordecedor y agudos alaridos retumban en el desierto estremeciendo el aire húmedo.

Las dos partidas vuelven al galope al fuerte y algunos soldados a medio vestir salen de los ranchos en que se albergan, empuñando sendas carabinas.

Una inmensa turba ataca el improvisado campamento. Más de doscientos indios de lanza y otros tantos a pie, algunos llevando armas de fuego, avanzan desordenadamente sembrando alarma. El coronel don Manuel Obligado, desde el rancho sin concluir en que se aloja, continúa descargando su arma contra los invasores, juntamente con sus ayudantes y con sus asistentes. En un momento se le agregan las partidas de descubierta y parte de las fuerzas del fortín. Los fusiles a chispa están inutilizados por la humedad, pero son empleadas las carabinas a fulminantes y los sables. El rumor de la lucha enardece a los hombres y redoblan los esfuerzos en su afán de defender las vidas y de mantener sus conquistas.

La turba se retuerce, grita la rabia de su impotencia, la rebeldía de su raza indómita y frente a la resistencia inquebrantable de los hombres que defienden el campamento, huyen en desorden como antes atacaron, tajando la lluvia fría con sus alaridos que se pierden en la inmensidad del campo desierto. Los hombres del fortín los persiguen; unos pocos de a caballo, otros de a pie, hundiéndose en el fango.

Los indios se dispersan y cuando llegan al arroyo del Rey que está crecido, acosados por los soldados, se arrojan en la corriente que los arrastra impetuosamente.

Civilización y Conquista

Todavía se oyen disparos aislados y uno que otro alarido vibrante llega desde la distancia. Luego se restablece la calma y los soldados regresan al campamento, mojadas sus ropas, chapaleando el barro chirle. Ya es de día, pero la fina llovizna acerca el horizonte. Los hombres recorren los lugares por donde pasó el malón. Se ven algunos indios muertos, cuya sangre enrojece los charcos en que cayeron y caballos ensillados que arrastran las riendas embarradas.

En la Comandancia atienden al teniente don Fidel Hereñú, del 6º de caballería, herido de bala en el pecho, y en la proveeduría están sobre catres de campaña los cuerpos sin vida del sargento mayor graduado, capitán don Wenceslao Paz, ayudante del coronel Obligado; de un soldado de caballería y del comerciante de Belgrano, don Sandalio Escuti y Quiroga, llegado la noche anterior, que muestran horribles heridas de lanza. Una partida que viene del este da cuenta al Comandante que han encontrado muertos a los cuatro peones del comerciante Escuti, que habían acampado en las proximidades del fortín; y otra que recorrió el bosque cercano trae un soldado con una herida de lanza en el brazo izquierdo e informa que están muertos los otros tres que cuidaban la caballada del regimiento 6º, arreada luego por los indios.

La indignación y el dolor endurecen las miradas de esos hombres fuertes y un silencio de angustia envuelve el campamento.

Por la noche velan en la proveeduría a los caídos en la refriega y al día siguiente se improvisa un cementerio cercado con ramas, donde son sepultados. El capellán, fray Ireneo Ciche, bendice el lugar, y la tropa, con los jefes al frente, rinden honores militares a los compañeros muertos, efectuando las salvas de práctica.

Resulta difícil imaginar hasta dónde la extraordinaria capacidad de adaptación de esos hombres curtidos y endurecidos en el sufrimiento, pudo permitirles una larga permanencia en aquellos lugares inhospitales y soportando la amenaza permanente del ataque indígena que aprovechaba las sombras de la noche y contaba con la adhesión de la fronda intrincada y misteriosa. Las deserciones eran numerosas, pero sobre los soldados cuya voluntad flaqueaba, pesaba como una condena el conocimiento de cómo eran buscados los desertores por los ba-

queanos adictos incondicionales de los jefes. No es tarea fácil orientarse en el desierto boscoso, casi desconocido, donde si se podía burlar el plomo de las carabinas de los soldados que los perseguían y las lanzas traicioneras de los salvajes, quedaban todavía los fantasmas espantosos de la sed y del hambre que los acecharía. ¡Cuántas veces el bosque misterioso y hermético aprisionó para siempre, hasta fundirlos en su seno, los cuerpos de los que buscaron la libertad huyendo, confiados en su reciedumbre física y en su buena estrella!

Los partes militares consignan en forma fría y escueta, los trabajos realizados en la frontera y señalan los hechos de armas en que intervinieron las tropas. Las estadísticas elevadas a conocimiento de la superioridad, establecen las bajas por desertiones y por fallecimiento y dejan constancias de los elementos con que cuentan para efectuar el servicio asignado. Estos informes, tomados así, no dicen nada o dicen muy poco de lo que es la vida en los fortines, del sufrimiento que oprime a esos hombres, de lo que cuesta en dolor esta avanzada de la civilización.

Sin embargo, la buena voluntad, la abnegación y el patriotismo de los jefes y oficiales, la reciedumbre física y la resignación de los hombres de tropa permitieron obtener resultados satisfactorios y llevar a feliz término la empresa, aunque —es doloroso reconocerlo— no se haya pensado en el indio, que aniquilaban sin ninguna consideración.

Dos años después de instalada la línea de fronteras de 1872, decía el coronel Obligado en un informe que tiene fecha 1º de abril de 1874: *Con esta frontera se han construido en el pueblo de Reconquista, dos cuadras para alojamiento de la tropa, un campo de guardia con su correspondiente calabozo, cinco edificios destinados y ocupados por la botica y alojamiento del médico, hospital, escuela y taller de carpintería, treinta y dos ranchos que sirven para alojamiento de los oficiales e individuos de tropa que tienen familia y doce pozos de balde para proveer de agua buena a la guarnición. Además, se han desmontado treinta cuadras cuadradas de bosques para despejar la población y facilitar la adquisición de leña para el consumo.*

Civilización y Conquista

Esta línea partía de Reconquista y abría camino hacia el oeste con un fortín cada cinco leguas. En cada uno de ellos se construyeron las comodidades imprescindibles y se procuraron los medios de seguridad necesarios. Corrales de ramas o de zanjas donde escaseaba la madera, podían contener a los animales de consumo y a los caballos, pero la falta de forrajes constituía un inconveniente casi insalvable. Las siembras de alfalfa no dieron resultado y los soldados debieron recoger algarrobo y cortar pastos en la orilla del bosque para mantenerlos. Esta circunstancia y el exceso de trabajo, hacía que la caballada siempre estuviera en mal estado. Hay en los archivos repetidos informes como éste de Obligado: *El recargo de servicio y las pestes del mal de cadera y de la mancha, han diezgado a la caballada. Sólo existen para el servicio 206 caballos inútiles por su mal estado.*

Cuando estuvo instalada la nueva frontera, empezó la campaña metódica y sistemática contra los indios que poblaban las inmediaciones, y dentro de las posibilidades, se organizaron excursiones desde todos los fortines, a veces obrando en forma coordinada, para reducirlos o batirlos si se resistían. Ya en Reconquista había varias tribus reducidas: las de los caciques Mariano López, Lanchi y Ventura Cisterna, que estaban al cuidado de misioneros y bajo la supervisión del R. P. Rossi, prefecto de las misiones.

La lucha es encarnizada, pero los indios no ceden a pesar de la desventaja en que los colocan sus armas rudimentarias y la falta de pericia guerrera. El odio alienta su resistencia y desde todos los rincones del bosque espían los movimientos de las tropas para aprovechar las oportunidades propicias y burlar la vigilancia pasando la frontera o atacando a las fortificaciones. Desde Palo Pelado, asiento de varias tribus tobas, organizan expediciones reforzadas con espineros, montaraces y mocovíes y, siguiendo los caminos de la selva, sólo por ellos conocidos, logran cruzar la línea y efectuar robos de hacienda en el sur.

A veces los rastros son descubiertos por los baqueanos al servicio del ejército, que los atacan donde los alcanzan. En esas oportunidades pierden todo o parte de los animales robados, pero consiguen refu-

giarse entre los árboles del monte y escapar a la matanza. Otras veces las tropas atacan las tolderías descubiertas en forma casual o por los informes de algún prisionero tomado en escaramuzas. Entonces los hombres se distribuyen empuñando las carabinas. Han llegado arrastrándose por entre los altos pastos y cuando empieza a clarear el día, tienen a la vista los toldos misérrimos de cueros, de ramas y de pasto seco.

A una orden, el trompa hace sonar el clarín, cuya voz aguda se estremece en ecos interminables. Los salvajes salen de las chozas atropellándose, temblorosos de pánico, y por un momento, hombres, mujeres y niños, semidesnudos, se atropellan desorientados, llevándose por delante y profiriendo gritos y exclamaciones de terror. En seguida, una descarga de fusilería acalla las voces y por unos segundos, paraliza los movimientos. Hombres o mujeres o niños caen manchando de rojo la tierra endurecida. Luego los gritos se multiplican y la turba huye desesperadamente, metiéndose en el bosque que protege a la población miserable. Otra descarga retumba con estruendo horrible, provocando gritos de dolor y de rabia. El espanto se dibuja en los rostros terrosos, de rasgos duros y hay destellos fugaces de odio profundo en los ojos negros y pequeños, mientras las tropas avanzan, listas las armas mortíferas.

A veces, un indio fuerte, de cuerpo musculoso, de gesto estático y de mirada fría, avanza hacia las tropas en actitud de lucha. Los ojos le brillan entre los párpados semicerrados, los músculos de su cuerpo desnudo se contraen en posición de acecho.

Los soldados se detienen sorprendidos. Un sentimiento de admiración y de respeto los contiene y los paraliza, pero de pronto, la voz energética del oficial que comanda el pelotón, rompe el silencio:

—¡Apunten!— grita.

Los hombres reaccionan y se recobran.

—¡Fuego!

Vuelve a conmovirse el silencio en un estampido de trueno y el indio cae de bruces, se contrae, clava las uñas en la tierra y queda

Civilización y Conquista

inmóvil, escondiendo debajo de un hombro su rostro de bronce. Los soldados desvían la mirada y se alejan lentamente. . .

Luego el parte consigna el hecho en dos renglones, informando que hubo ocho muertos y cuatro de chusma prisioneros.

En la frontera del centro y en la de la izquierda, por las características de las zonas, dan más que hacer a las tropas. La lucha es continua y los soldados que guarnecen esos fortines, deben mantenerse a la defensiva la mayor parte del año, limitándose, cuando el estado de los caballos se lo permiten, a realizar incursiones de reconocimiento por los alrededores.

El Comandante en Jefe hace esfuerzos desesperados para conseguir los elementos necesarios que le permitan realizar un buen servicio de fronteras. Solicita reiteradamente se le provea de caballos, se efectúe la remonta de los cuerpos a su mando, se disponga la construcción de potreros alambrados y el envío de buena semilla de alfalfa.

Hoy los trabajos de fuertes, corrales, cuarteles, depósitos, están concluidos —dice en un informe de 1874— y puede la tropa ocuparse de proporcionar el forraje necesario para el sostén de la caballada y por eso sería conveniente que el gobierno contratase la construcción de potreros alambrados como se ha hecho en las demás fronteras, tanto más que en éstas sería de menor costo, pues el empresario cuenta con buenas y abundantes maderas. Sobre esto pido a V. E. llame la atención de la Superioridad, ya que el primer elemento de la frontera es el caballo y no hemos de conseguir tener buena caballada inter no contemos con el forraje necesario. En seguida, agrega: Remontando el regimiento 10º y provista esta frontera de caballos —se refiere a la del centro— es necesidad situar en Palo Pelado un fuerte avanzado, que quitando a los indios esta última aguada cerca de la línea de fronteras, les haga imposible en lo sucesivo invadir.

A pesar del optimismo reflejado en los informes, referentes a la posición en que habrían colocado a los indios, por ocupar los fortines los lugares estratégicos, éstos seguían invadiendo sin dar muestras del menor propósito de claudicar y esta situación se mantuvo por muchos

años, minando las energías de los soldados y poniendo a prueba la efectividad de sus fuerzas.

El 20 de abril de 1876, atacan el fortín Atahualpa, en la línea de la izquierda y matan a todos los integrantes de la guarnición.

Cuando llega una partida del fortín Aspirante, donde tiene la Comandancia el coronel Olmedo, tres o cuatro días después de la matanza, los hombres, que llegan de noche, se detienen sorprendidos al no recibir respuesta a la señal convenida. Hay un momento de expectativa mientras todas las miradas están fijadas en las negras sombras del cantón.

Tomando precauciones los hombres se distribuyen quedando al frente los que están armados con carabinas y detrás los que tienen lanza. Avanzan atentos, buscando en las sombras con miradas escrutadoras y cuando están juntos a la empalizada del fuerte, desmontan, mientras encienden antorchas cuyas lumbres rojas iluminan los alrededores. En seguida aparece un muerto, luego otro y otro. La búsqueda febril, apresurada, distribuye a los hombres por todo el fuerte y los alrededores, descubriendo en su enorme magnitud la horrible tragedia. En todas partes, confundidos entre los altos pastos o sobre la tierra endurecida del patio y en las habitaciones, se ven hombres muertos, pegados a negros charcos de sangre que chapalearon en las convulsiones de la agonía.

Un rato después, pasada la primera impresión de espanto, los soldados empiezan a recoger los cuerpos semidesnudos, horriblemente lanceados, decapitados algunos, y los depositan uno junto a otro en una habitación.

El cuadro sobrecoge a los hombres. Veintidós cadáveres que muestran sus carnes abiertas a lanza. Veintidós muecas que erizan la piel, manos crispadas que arañaron el suelo y se aferraron a los pastos en un esfuerzo supremo para no dejar la vida.

Los soldados van saliendo al patrio, agobiados por la angustia y empiezan a desensillar los caballos y las mulas que largan en el corral de palo a pique. Luego se sientan sobre las monturas tiradas contra la pared del rancho y encienden cigarrillos. Al amanecer cavan veintidós fosas y sepultan los cadáveres que empiezan a hincharse por haber entrado en descomposición. Sólo fue posible identificar a los oficiales y a

Civilización y Conquista

uno que otro soldado conocido por el Comandante. Rodean con ramas las tumbas y colocan una cruz de algarrobo labrada con hacha, donde se graba a cuchillo una fecha: 20 de abril de 1876.

Así pasan algunos años. El coronel Obligado ha debido concurrir a Corrientes con parte de las tropas a su mando, a sofocar el movimiento revolucionario encabezado por López Jordán en 1873, y en 1874 a robustecer el ejército del norte, al mando del entonces coronel don Julio A. Roca.

Luego, en 1879, organiza una expedición con el propósito de explorar la parte central del chaco austral y de escarmentar a los indios que pueblan esa región y que a pesar de su esfuerzo, azotan a las provincias de Santa Fe, Córdoba y Santiago del Estero.

El 29 de agosto se pone en marcha al frente de 118 individuos de tropa, cuatro jefes y ocho oficiales, armados con sables, carabinas y lanzas. Toman rumbo al oeste, siguiendo el camino de la frontera hasta fortín Los Pozos, en la línea del centro, luego de haber cruzado la cañada del Toba y el arroyo Golondrina que estaba crecido.

Al llegar al fuerte citado, encuentra un *rastrillada* fresca dejada por el paso de una tropa de vacunos y de yeguarizos, que presumiblemente arreaban los indios. Esto lo obligó a rectificar el rumbo y ordenó seguir el rastro con la esperanza de darles alcance.

El 12 de setiembre, estando acampados en el lugar denominado Paso Salado, divisaron una quemazón hacia noroeste que denunciaba la presencia de los indios. De inmediato el coronel Obligado destacó una comisión de baqueanos para explorar el lugar y cuando estos volvieron con la noticia de que habían descubierto una toldería, ordenó ensillar y marchó en la dirección indicada, dejando treinta hombres al cuidado del campamento.

En las proximidades del lugar se detuvo y dispuso el ataque desde dos puntos opuestos. La leve claridad del amanecer destacaba nítidamente el bosque que protegía a la población indígena, cuando la voz de alarma de los perros centinelas, despertó la quietud del campo.

Alaridos y corridas, disparos de armas y gritos de dolor, se suce-

den durante media hora, al cabo de cuyo tiempo queda un saldo de 33 indios muertos y 80 de chusma prisioneros; se recogen 90 caballos y potros, algunas ovejas y cabras, pólvora y gran cantidad de cueros.

El mismo día reanudan la marcha arreando a los prisioneros y a los animales tomados en las tolderías. El jefe tiene el propósito de llegar al Campo del Cielo. En el trayecto encuentran otra tribu que no pueden atacar porque sus integrantes se guarecieron en la espesura del bosque impenetrable; pero los despojaron de 118 caballos que los indios no consiguieron esconder a pesar de haberlo intentado.

En ese lugar permanecieron tres días para dar un descanso a las tropas y a los animales y con el propósito de encontrar la manera de dar caza a los fugitivos. Los soldados emplearon este tiempo en domar los potros para poder disponer de mayor cantidad de montados.

Y siguen la marcha tenaz, impulsados por el deber de conquistar el desierto y de vencer la resistencia indígena. Se desprenden hacia todos los rumbos comisiones encargadas de encontrar y de barrer a los indios y se producen escaramuzas que esparcen la muerte, la desesperación y la angustia.

Los hombres del ejército afrontan la hostilidad del medio, con la entereza del soldado aguerrido y los hombres del desierto sufren los reveces con la resignación de la raza vencida. El 12 de octubre, la columna triunfante entra en Resistencia arreando los trofeos de la victoria, luego de recorrer más de ciento cincuenta leguas por cañadas y montes herméticos.

Cinco años después, un acontecimiento extraordinario vuelve a conmover la quietud de la selva. Partes escuetos y órdenes terminantes movilizan a casi todas las fuerzas que guarnecen las fronteras del norte. Se organizan rápidamente concentraciones de tropas y desde todas partes columnas de soldados guiadas por los escasos baqueanos con que cuentan las divisiones diseminadas en los fuertes, cruzan los campos desiertos, luchando bravamente con las adversidades del camino.

Los jefes se apresuran a cumplimentar las instrucciones lacónicas y poco claras, encontrándose a menudo con inconvenientes insalvables

Civilización y Conquista

o con órdenes imposibles de cumplir. Los chasquis *revientan* caballos y prodigan energías y voluntad para satisfacer las exigencias de sus difíciles obligaciones. En todos los fortines de la primera y de la segunda línea hay una actividad desusada, extraordinaria, y el deseo de dar pruebas de suficiencia multiplica los esfuerzos. Se arrollan y se vencen todas las dificultades, aun a costa del sufrimiento de los hombres y del sacrificio de las bestias.

Las noticias del nuevo avance de las fronteras y de la expedición que comandaría S. E. el señor ministro de Guerra, general don Benjamín Victorica, ha sacudido la apatía característica de los oficiales y de los individuos de tropa.

Por su parte, el Jefe del Estado Mayor de la campaña del Bermejo, coronel don Manuel Obligado, mueve todos los resortes disponibles para organizar bien la expedición.

Setiembre de 1884. La primavera hierve en la sabia pujante y vivificadora de la selva fuerte y un verdor de intensidad extraordinaria se extiende sin interrupción, interminablemente. Los campos reventan en borbollones verdes que ondean movidos por el aire tibio de los atardeceres brillantes de sol, y la vida exultante de la fronda grita su pujanza bravía, incontenible, estallando en coloridos que deslumbran, en trinos y en cantos que conmueven, en alaridos salvajes que perturban.

Abren caminos las legiones de hombres curtidos por los soles, endurecidos por la vida ardua de sufrimientos y de privaciones y dejan la estela de los pastos caídos que señalan fugazmente un rumbo. El desierto verde se puebla de rumores de pasos y de voces y hay alarma en el grito de los teros y en la carrera de venados y de ñandúes que trazan rayas en el viento y arremolinan los pastos a su paso. Desde todos los rincones oscuros de la selva, los salvajes se angustian espiondo los movimientos de las tropas que irrumpen sorpresivamente. El asombro y el odio se reflejan en todas las miradas y corre la noticia nefasta a los cuatro vientos, conmoviendo la soledad en letargo el galopar incansante de los portadores. Se abandonan apresuradamente las tolдерías y largas caravanas de dolor y de miseria, arreando algunos animales robados, toman rumbo al norte ocultándose en las sombras protectoras

del bosque y de la noche. Mujeres y niños semidesnudos y descalzos, arrastran su cansancio a través de los campos desiertos, hasta que caen rendidos por el agotamiento y el hambre. Luego, la carne asada, caliente y sangrante, del venado o del ñandú boleado al paso, repara las fuerzas y provoca un sueño pesado y profundo como un letargo.

Algunas tropas se han concentrado en Reconquista y desde allí parten siguiendo el curso del río Paraná, mientras las fuerzas que guarnecen la frontera avanzada salen simultáneamente con rumbo al norte, formándose un ala de más de trescientos kilómetros, que se va reduciendo a medida que se internan en el chaco austral debido a la impenetrabilidad de los bosques.

Desde Florencia, en el paralelo 28, se ha tendido hacia el oeste otra línea de fortines. Tapenagá, Cocherek, Chipilta, Enerucijada, Ombú, quedan como centinelas agazapados entre la vegetación desbordante, mientras la columna avanza con paso tenaz en pos de los baqueanos rumboeadores.

La caravana penetra el bosque y va dejando atrás las distancias, con paso lento y seguro. Entre tanto, por las aguas turbias del Paraná navega la torpedera *Maipú* a cuyo bordo viaja el general Victorica, acompañado por su Estado Mayor, y lo sigue el transporte *Rossetti* conduciendo bagajes, provisiones, pertrechos de guerra y soldados. Luego el coronel Obligado cruza el Paraná con su escolta y en Bella Vista se embarca también en la torpedera en viaje hacia el Bermejo.

Lacangayé —que en lenguaje toba significa *laguna que traga gente*—, punto de concentración ubicado en el corazón del Chaco y en la margen derecha del río Bermejo, se va convirtiendo en importante centro militar a medida que arriban las tropas desde distintos puntos.

El general Victorica que desembarcó en Timbó con los efectivos que lo acompañan, ha seguido el curso del río y luego de treinta días de marcha penosa y lenta, arriba el 17 de noviembre de 1884 al campamento general. Por su parte, el coronel José María Uriburu, que guarnecía la frontera de Córdoba y de Santiago del Estero, ha cruzado el desierto boscoso desde Cocherek, lugar donde se concentró el regi-

Civilización y Conquista

miento 12 de caballería a su mando, mientras el teniente coronel Julio Figueroa, jefe del 9 de línea, con asiento en Resistencia, siguió el curso del río Paraná hasta Timbó, donde luego el general expedicionario fundó Puerto Bermejo. Este, con sus efectivos, cubrió 200 kilómetros de la línea del Bermejo, desde Timbó hasta Santo del Izó, construyendo fortines cada cinco leguas, que quedaron al mando de un suboficial y cuatro soldados. El coronel Uriburu, con sus tropas, cubrió a su vez la izquierda, hasta la confluencia del Teuco con el Bermejo.

Desde Salta salió con el mismo rumbo el 10 de caballería recientemente creado y organizado, formado por dos columnas, una de las cuales tomó por la margen izquierda del Teuco y la otra por la margen derecha del Bermejo. Y desde el norte, el gobernador de Formosa, coronel Fotheringham, con el 7 de infantería, marchó hacia el lugar de concentración general.

Las distintas comisiones que salían en todos los rumbos, arrasaban el desierto y sembraban la desolación y la muerte en las tribus que encontraban al paso. Arreaban su hacienda o la dispersaban con el propósito de vencer por hambre la rebeldía indómita del salvaje, que resistía heroico y soberbio, el empuje avasallante del plomo de las carabinas y del filo de los sables.

Los fortines construidos siguiendo el curso del río Bermejo, fueron como cuñas entradas en el corazón de la selva virgen y constituyeron la nueva línea de fronteras del norte argentino, puesta para contención de los desmanes de libertad indígena. Luego, los fuertes de avanzada enclavados en lugares estratégicos, diseminaron fuerzas que quedaron como amenaza perenne sobre la vigilia de llanto y de hambre del indio.

El golpe asestado fue rudo y definitivo. El salvaje cayó con el dolor prendido en el corazón y dobló la cabeza soberbia y fiera, bajando la mirada altiva que luego clavó en la tierra para siempre. Su voz potente enmudeció de angustia y dejó de estremecer la selva con alaridos largos que llevaba el viento...

DIEGO R. OXLEY

Y los años pasan implacables y fatales sobre la raza vencida, que llora en silencio su dolor profundo, mientras se extingue mordiendo su soberbia muda, su altivez indómita, su tristeza incurable... Y la selva recia y majestuosa que amparó su desvelo, brama, cruje y llora en las noches largas del desierto, cobijando su recuerdo que vive en su sombra negra, en el viento silbante que sacude sus crestas, en su latir misterioso y hondo...

DIEGO R. OXLEY (Juan del Campillo 975, Santa Fe). Nació en Rosario (Santa Fe) en 1901. Ejerció por muchos años la docencia y actualmente pertenece a la redacción del diario *El Litoral* de la capital santafesina. En 1947 mereció el premio de la Comisión Nacional de Cultura con su libro de cuentos *Quebrachos* y en 1950 obtiene con *El dolor de la selva* un premio del Consejo del Escritor. Escribió además: *Tierra arisca*, *El remanso* y *Teutaj* (novelas).